

Bañuelos y la razón de la piedra

El artista burgalés expone en el Ivam una antológica donde reúne 35 años de trabajo

ANTONIO LUCAS / Madrid

Lo que fue una cancha de tenis acumula toneladas de piedra en bloques. Mármol, alabastro, granito, basalto, rastros de una veta de Calatorao... El escultor Alberto Bañuelos (Burgos, 1949) pasa la mano recia por las superficies. «Las que ves aquí, están preparadas para tallarlas», exclama más para la piedra que para el auditorio.

El taller está casi vacío. Las piezas de más de 30 años de oficio andan repartidas por varias salas del Instituto Valenciano de Arte Moderno (Ivam), donde Bañuelos muestra el caudal de su trabajo hasta el 10 de enero, en una muestra comisariada por Rafael Sierra.

Allí despliega piezas de su itinerario, pruebas, tentativas, obras finales y una serie de vitrinas en las que despliega bocetos, maquetas, miniaturas en yeso de lo que después tomó forma y escala concreta.

Al resguardo de la Sierra, zona privilegiada de Madrid, Bañuelos trabaja la piedra con algo de monje

«El diálogo con la piedra es fundamental. Debes saber de ella lo máximo posible»



El escultor Alberto Bañuelos con algunas de las piedras que trabaja, en su casa taller de las afueras de Madrid. / A. HEREDIA

eléctrico. Ha pasado décadas en silencio, apartado del ruido y la furia de los circuitos comerciales del arte, ese avispero. Pero en todo ese tiempo ha desarrollado un lenguaje propio -que algún otro intentó *asaltar*-. En él hay huecos y huellas de Brancusi, de Moore, de Arp... «Me hacen sentir parte de una cadena intemporal de escultores en piedra. Artistas capaces de añadir belleza a la belleza que de por sí tiene un material tan fascinante y pobre a la vez», explica.

La obra de Bañuelos es el resultado de horas de dudas, de decenas de dibujos hasta encontrar el porqué de una pieza. «Y a eso hay que añadir el

diálogo con la piedra. No sólo basta con lo que sepas del material, sino que debes saber de ella lo máximo posible. Y escogerla a tiempo. Aunque eso no garantiza nada si no sabes bien qué buscas y a dónde quieres llegar», apunta.

«¿El azar es otra herramienta? -Sin duda que determina. Un golpe con el puntero aquí o allá puede hacer que todo lo previsto quede completamente desintegrado y llegues a un territorio nuevo. Así *hallé* algunas de mis *deconstrucciones*.

Exactamente así llegó hasta ese cuerpo donde el canto rodado es releído por secciones y después

integrado de nuevo por las *heridas* mismas del guijarro. «El resultado es algo inesperado, de una gran magia. Una tachadura para escapar de mis obras anteriores. Nace de una búsqueda obsesiva cuando me sentí copiado por otro escultor [se refiere a Juan Asensio]. Es un modo de irrumpir en ese territorio que ha estado durante siglos cerrado», sostiene el artista.

En la cancha de tenis, junto a los monolitos sin desbatar, conserva también *amortajadas* una selección de su serie *Llaves*, totems de granito negro que, puestos en pie,

conforman un singular y delicado bosque. Y cerca, en el almacén, otro rastro de su serie *Escrituras*, donde trazaba una caligrafía de elegantes llagas en el alabastro.

Lo que en definitiva le interesa a Alberto Bañuelos es situarse en el espacio de lo insospechado. «Trabajo las 24 horas del día. Las ideas no se detienen. Por eso tengo todos estos bocetos. Unos me llevan a esculturas. Otros a nada. Ahora estoy buscando la arquitectura interior de las piedras. Y es alucinante». Bloques perforados que dentro dejan una sístole de luz, de aire, de espacio.